

SOMALIA: AUGA DEL TERRORISMO YIHADISTA ANTE EL FRACASO DEL PROYECTO DE ESTADO

La hoja de ruta hacia la paz atraviesa su peor momento debido a las luchas internas por el poder y la desconfianza de la sociedad en sus dirigentes políticos

EN 1960, Somalia inició su andadura como Estado soberano, tras un controvertido proceso de unificación entre el antiguo Protectorado de la Somalilandia británica y la Somalia italiana exigido por la comunidad internacional. Sin embargo, los anhelos de paz y prosperidad democrática fueron efímeros, pues el golpe de estado del general Siad Barre en 1969 —con un importante apoyo social— instauró un régimen socialista apoyado por Moscú, que giró hacia EEUU tras perder su guerra contra Etiopía en 1980. Durante su mandato, Barre impuso una férrea dictadura, mantuvo al margen del poder a los poderosos clanes somalíes y quebró la convivencia social.

En este contexto, la guerra fratricida entre los clanes —todavía muy presente hoy— provocó la total aniquilación del gobierno en 1991, mientras Somalilandia declaraba de forma unilateral su independencia. A partir de entonces, Somalia se hundió en un profundo caos y en el más absoluto desgobierno, con los «señores de la guerra» detentando el poder en un territorio sin Estado, totalmente fragmentado, donde

la población sobrevivía en un contexto de extrema violencia, pobreza endémica y recurrentes sequías, aliviada por la esporádica asistencia internacional.

En este anárquico escenario, ya este siglo XXI, la eclosión en muchas zonas rurales del país de los tribunales islámicos —más o menos rigoristas en su ideario musulmán, y apoyados por sus propias milicias armadas— fue inicialmente recibida con cierto alivio por parte de la población. Estos grupos islamistas lucharon contra los señores de la guerra con el único propósito de hacerse con el poder absoluto e imponer un

régimen salafista en todo el país, bajo la estricta observancia de la ley islámica (*sharia*). Para conseguirlo, comenzaron a controlar las redes de tráfico ilegal, que se convirtieron en el sustento financiero del proyecto que pretendían imponer, pero pronto su desmedida violencia y sus prácticas terroristas se convirtieron en un peaje costoso para demasiados somalíes, además de en una amenaza para la región y para toda la comunidad internacional.

Como reacción, y tras numerosos intentos fallidos de establecer un régimen político en Somalia, en 2004 facciones armadas y señores de la guerra acordaron en Kenia la formación de un Gobierno de Transición, que dos años después fue una realidad. Por entonces, la Unión de Tribunales Islámicos liderada por las facciones más radicales ya controlaba muchas ciudades, vías de comunicación y puertos estratégicos de Somalia, hasta que en junio de 2006 se hicieron fuertes en Mogadiscio: una amenaza extraordinaria que la comunidad regional e internacional no iba a permitir.

En diciembre de 2006, unidades etíopes junto a tropas somalíes y con el apoyo determinante de Estados



Una militar española desplegada en EUTM Somalia, la misión de adiestramiento y asesoramiento que mantiene la UE en el país africano.



Said Yusuf Warsame/IEE

Jóvenes somalíes en una concentración de agosto de 2024 realizada en la playa de Lido (Mogadiscio) en protesta por los constantes ataques contra las mujeres y las niñas perpetrados por los terroristas islamistas en todo el territorio somalí.

Unidos penetraron en Somalia y recuperaron la capital. Esta ofensiva militar puso fin a la aventura islamista y permitió la instauración de un gobierno provisional en Mogadiscio, pero también provocó la formación del grupo yihadista *Al Shabaab* —el brazo armado más violento y extremista de los movimientos islamistas somalíes, y filial de *Al Qaeda* desde 2012— y, años después, la eclosión del autoproclamado *Estado Islámico de Somalia* (ISS) en el norte del país: una escisión de *Al Shabaab*, que fue reconocido en 2017 como provincia oficial (*wilayat*) por el liderazgo central de *Daesh*. En la actualidad, ambos grupos han extendido su campaña de terror para dominar a la población e instaurar un régimen salafita en Somalia.

NUEVA CRISIS DEL PROYECTO ESTADO

Desde su instauración en Mogadiscio en 2006, el Gobierno de Transición de Somalia ha atravesado momentos de cierta estabilidad y relativo progreso, que finalmente han sido socavados por la lucha generalizada por el poder de distintas facciones, así como por la permanente violencia yihadista. En esta hoja de ruta política, económica y social —tutelada por la comunidad internacional, bajo el liderazgo de Naciones Unidas—, la promulgación de una Constitu-

ción Provisional en 2012 bajo los principios y preceptos de la *sharia* (artículo 2) puso fin al periodo transitorio y dio paso al primer Gobierno Federal de Somalia. Además, consagró una «república federal, soberana y democrática fundada sobre una representación inclusiva y un sistema multipartidista».

Sin embargo, trece años después, el balance no invita a la complacencia, pues no se ha alcanzado ninguno de los hitos ni avances en la construcción del Estado; muy al contrario, la relación entre el Gobierno Federal de Somalia (FGS) y los cinco Estados Miembros Federales (FMS) —Somalilandia no aceptó esta alianza federal, solo dialogará con Mogadiscio los términos de su secesión— es tan infructuosa como hos-

til; el prometido sufragio universal continúa siendo una quimera; y la Constitución sigue anclada en su provisionalidad ante la falta de acuerdo entre los distintas facciones de poder: los todopoderosos clanes somalíes, los partidos políticos y la presidencia de Hassan Sheikh Mohamud.

Precisamente, Mohamud —al frente del Partido para la Paz y el Desarrollo— fue elegido, en septiembre de 2012, primer presidente de la República Federal de Somalia en una compleja votación (sufragio indirecto) por el Parlamento Federal. Entre los motivos de su designación prevalecieron sus esfuerzos para avanzar en la reconciliación nacional tras el caos del Estado en 1991 y la posterior guerra civil, sus eficaces medidas en contra de la creciente corrupción y su decidido apoyo a las reformas sociales, económicas y de seguridad para Somalia.

A pesar de que su nombramiento suscitó inicialmente un cierto apoyo social y contó con un respaldo unánime de la comunidad internacional, su reforma política no fue respaldada por los clanes más importantes del país y tampoco consiguió grandes avances en la lucha contra el grupo terrorista *Al Shabaab*.

Por estos y otros motivos, cinco años después y de nuevo por votación en el Parlamento —donde hoy se sientan los clanes

**Tanto *Al Qaeda*
como el *Daesh*
mantienen
filiales activas en
diferentes zonas
del país africano**



Salid Yusuf Warsame/EFE

Habitantes de Beledweyne (en la región de Hirán, en el centro de Somalia) intentan rescatar sus enseres tras las graves inundaciones sufridas en la zona en noviembre de 2023.

somalíes, antiguos señores de la guerra e islamistas que abandonaron la acción terrorista—, la presidencia pasó a manos de un desconocido Mohamed Abdullahi *Farmajo* Mohamed. Su proyecto reformista se basaba en la reunificación y pacificación del país, en la celebración de las primeras elecciones con sufragio universal en 2020, en acabar con la omnipresente corrupción y la bancarrota nacional y, por último, en aliviar la emergencia humanitaria que sufrían casi cinco millones de somalíes. Sin embargo, a pesar de haber conseguido algunos avances —como la aprobación y progresiva implantación de una nueva Arquitectura Nacional de Seguridad tras la Conferencia de Londres, en mayo de 2017—, la lucha entre los clanes rivales, las disputas regionales, la violencia yihadista y, finalmente, los intereses encontrados de actores externos (marcados por la rivalidad entre Arabia Saudí y Emiratos Árabes Unidos y la enorme presencia de Turquía y China) hicieron descarrilar todos los proyectos estatales de *Farmajo*. Además, se enfrentó directamente con Naciones Unidas que criticaba su errática política de reinserción de antiguos terroristas, un factor clave para erradicar el yihadismo en Somalia.

En este contexto, el regreso de Hassan Sheikh Mohamud a la presidencia del país en mayo de 2022 —tras ganar por votación parlamentaria al candidato *Farmajo* en ter-

cera vuelta y por amplia mayoría— fue percibido como una renovada oportunidad de encauzar el errático rumbo de Somalia. En un primer mensaje a los somalíes, Mohamud aseguró que trabajaría para la «reconciliación nacional» y que no habría «venganza por las heridas de los pasados años», en clara alusión a la necesidad de atender a la reintegración de los yihadistas en la política somalí. Al tiempo, debía conseguirse la erradicación total de los grupos terroristas que detentaban el poder en muchas áreas del país. Con ese propósito, el recién instaurado gobierno lanzó una potente ofensiva contra *Al Shabaab* a mediados de 2022: las fuerzas del Ejército Nacional Somalí —con el apoyo de las milicias de los clanes y de drones de EEUU y Turquía— tomaron la iniciativa y, en abril de 2023, ya había liberado, según el centro de análisis ACLED (*Armed Conflict Location and Event Data*), hasta 215 feudos yihadistas en la zona central del país. Sin embargo, la segunda fase de la operación, que debía pivotar hacia el sur, nunca se llegó a lanzar, en gran medida por la incapacidad de las fuerzas federales y los ataques de *Al Shabaab*, pero también por los continuos y sonados fracasos políticos del presidente Mohamud. En especial, en todo lo referente a reconstruir las relaciones con los estados federales y avanzar en los preceptos constitucionales, lo que provocó el rechazo de los poderes fácticos somalíes.

En marzo de 2024, la aprobación en el Parlamento de importantes enmiendas a la Constitución —ampliación de los poderes presidenciales, establecimiento de un sistema multipartidista o la introducción en todo el Estado (central y regional) del sufragio universal— suscitaron un fuerte rechazo social y de numerosos actores políticos, que consideraban que esta reforma solo pretendía consolidar el poder del ejecutivo federal, en contra de los estados miembros, y aprobarla sin la debida consulta. Como consecuencia directa, ha desaparecido el diálogo nacional entre los líderes del FGS y los del FMS, patente en el hecho de que el Consejo Consultivo Nacional (NCC) —plataforma clave para la coordinación y el consenso entre las autoridades federales y regionales, que gozaba de legitimidad ciudadana— está desmantelado, entre otros motivos, por la negativa de los estados de Puntlandia y Jubalandia a acudir a estas reuniones.

Con todo, Somalia se encuentra de nuevo en una encrucijada crítica, con el presidente Mohamud en sus horas más bajas, en especial por su empeño de imponer elecciones directas, cuando no existen censos electorales ni la seguridad necesaria para realizarlas en gran parte del país; y, también, por su determinación para delimitar la participación de los Estados Federales en la construcción del Estado. A este panorama de tensión política interna se unen la crisis con Etiopía por sus relaciones con Somalilandia, con quien ha acordado una salida al mar sin contar con la anuencia de Mogadiscio; así como el futuro incierto del apoyo de la Unión Africana en el ámbito de la seguridad, especialmente por la falta de financiación a las fuerzas desplegadas en Somalia —desde 2007, bajo distintas denominaciones y mandatos— para luchar contra la amenaza terrorista.

ENTRAMADO TERRORISTA

La violencia terrorista de los dos grupos yihadistas —*Al Shabaab* y el autodenominado *Estado Islámico de Somalia*— sigue siendo el principal enemigo de la construcción del Estado, que amenaza no solo el futuro nacional, sino también a toda la región del Cuerno de África y otras zonas. En marzo de 2025, el presidente Mohamud salió ileso de un atentado terrorista reivindicado por *Al Shabaab* en Mogadiscio, pero este nuevo ataque evidenció el resurgimiento del grupo yihadista, liderado por Abu

Desde 2004, la comunidad internacional ha sido un actor fundamental en la pacificación y estabilización de Somalia

Ubaidah desde hace una década y donde militan unos 7.000 terroristas. Tras perder gran parte de sus dominios territoriales por la fuerte ofensiva estatal lanzada en 2022, los extremistas volvían a demostrar su voluntad, y su capacidad, de golpear en el centro del poder somalí. En gran medida, esta recuperación se debe a las crecientes tensiones y desencuentros políticos, que los yihadistas han aprovechado para reorganizarse, fortalecer sus campañas de reclutamiento e incrementar el control sobre los tráfico ilícitos, su principal fuente de financiación. Todo ello con la intención de presentarse como alternativa de gobierno en un contexto de miseria y olvido en el que la adhesión al grupo se plantea como única expectativa de vida.

No obstante, las causas del resurgir de *Al Shabaab* también hay que buscarlas en la escasa operatividad del ejército somalí, que sigue enfrentando la amenaza yihadista sin el planeamiento y la coordinación necesarios; en el progresivo desmantelamiento de las misiones de la Unión Africana, cuya financiación está en entredicho; y en la capacidad de resistencia y recuperación que *Al Shabaab* ha demostrado de forma reiterada, lo que hace que las medidas en el ámbito de la seguridad sean insuficientes para conseguir su desaparición.

Por otro lado, la filial del *Daesh* en Somalia (ISS) se hace cada vez más fuerte en la región nororiental de Puntlandia. En la actualidad, se estima que cuenta con unos 1.500 militantes y, aunque representa una amenaza menor, se ha convertido en la pieza clave del entramado terrorista del autoproclamado *Estado Islámico*. De hecho, numerosas investigaciones apuntan a que su líder, Abdulqadir Mumi, controla la red global del *Daesh*. Por este motivo, según reconoce el Comando de África de Estados Unidos (AFRICOM), EEUU ha incrementado

notablemente sus ataques contra este grupo terrorista —hasta 38 en 2025, frente a dos durante el mandato de Biden—, y no solo focalizados en neutralizar a sus líderes, sino también ha apoyado ofensivas militares de Puntlandia contra el santuario terrorista en las montañas de Golis. Este giro de guión se debe a que, para la Inteligencia Americana, la llegada masiva de yihadistas extranjeros para engrosar las filas del ISS, así como la alianza de *Al Shabaab* con los hutíes de Yemen, hacen que la amenaza sea cada vez mayor para el propio territorio de EEUU.



El secretario general de la ONU, Antonio Guterres, en una visita a un campo de desplazados internos en el sur de Somalia.

RESPUESTA INTERNACIONAL

Desde 2004, la comunidad internacional —liderada por Naciones Unidas, la Unión Africana (UA) y, también en gran medida, por la Unión Europea—, ha sido un actor fundamental en la restauración de la gobernanza en Somalia, y todavía hoy es un respaldo imprescindible para consolidar un futuro pacífico, estable y desarrollado para la población somalí. Desde 2007, en la lucha contra el terrorismo de *Al Shabaab*, el mayor esfuerzo internacional lo han soportado distintas misiones africanas: inicialmente AMISOM (de diciembre de 2007 a abril de 2022) y, posteriormente, ATMIS, que fue relevada por la Misión de Apoyo y Estabilización de la UA en Somalia (AUS-SOM) en enero de 2025.

Esta nueva misión, con una entidad máxima de casi 12.000 efectivos, pretende operar en Somalia durante los próximos cinco años, aunque la falta de financiación y su reducida dotación de fuerzas y capacidades hacen peligrar su operatividad. Además, la progresiva reducción de las fuerzas africanas no ha sido reemplazada por unidades militares somalíes.

Por su parte, la Unión Europea mantiene su misión de adiestramiento y asesoramiento del ejército somalí (EUTM Somalia) que, a pesar del ingente esfuerzo que ha realizado desde su lanzamiento en 2010, no ha generado unas fuerzas somalíes capaces de enfrentar de forma autónoma la amenaza yihadista. Además, en la consecución de este objetivo, tampoco ha ayudado la falta de coordinación real entre los distintos actores internacionales —principalmente, EEUU, Reino Unido y Turquía— que tienen programas bilaterales para la formación de los militares del Ejército Nacional de Somalia.

En la actualidad, frente al agravamiento de la crisis política y de seguridad, la comunidad internacional ve incrementado su nivel de desazón y frustración ante el futuro de Somalia. A pesar de ello, nadie duda de la

necesidad de desplegar fuerzas africanas para luchar contra el terrorismo en Somalia, aunque cada vez sea más complicado atender a su financiación. También, todos coinciden en que es imprescindible alcanzar un acuerdo político entre el gobierno central y los Estados miembros, la promulgación de una Constitución consensuada entre todas las facciones somalíes y la conformación de un ejército somalí capaz de enfrentarse de forma autónoma a la amenaza yihadista.

Sin duda, construir un Estado en Somalia sigue siendo un desafío extraordinario: abandonar a millones de somalíes a su suerte, por solidaridad y por nuestra propia seguridad, no puede ser una alternativa.

Jesús Díez Alcalde

Coronel del Ejército de Tierra. Analista